



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

## **CARTA PASTORAL en la NAVIDAD 2008**

Queridos diocesanos:

Comenzamos el tiempo litúrgico del Adviento, tiempo de esperanza cristiana, en el que renovamos nuestra fe y nuestra responsabilidad de ser amados y elegidos por Dios en Cristo, Hijo único de Dios, que “por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre”. Cada año, la Iglesia nos llama a vivir este acontecimiento de gracia mientras nos preparamos para celebrar el nacimiento de Cristo Salvador en espera de su venida gloriosa al final de los tiempos. San Pablo nos exhorta a confiar en la fidelidad de Dios que no dejará de santificar a cuantos corresponderán a su gracia porque el verdadero cristiano ha de vivir con seriedad su vocación imprescindible a la santidad, su irrenunciable destino a la eternidad y su posibilidad cotidiana de revestirse de Cristo, el Hombre nuevo.

La Iglesia en el Adviento nos alerta contra el adormecimiento espiritual y la mediocridad en la vida de fe, recordándonos que hemos de llegar irreprochables ante el Día del Señor. Es tiempo de gracia para cambiar nuestra mentalidad y criterios, nuestra conciencia y conducta que no han sido impregnados por la Verdad, el Amor y la novedad de vida que en Cristo se nos ofrece hasta poder decir: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Avivar la fidelidad receptiva y humilde ante el misterio de Cristo, es nuestro don y tarea. “El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo debe entrar en Cristo con todo su ser, debe apropiarse y asimilar toda la realidad de la encarnación y de la redención para encontrarse a sí mismo”.

En estos días oiremos con frecuencia que Dios viene: “viene para estar con nosotros, en cada una de nuestras situaciones; viene para vivir entre nosotros, con nosotros y en nosotros; a llenar las distancias que nos dividen y separan; a reconciliarnos con Él y entre nosotros mismos. Viene en la historia y llama a la puerta de la humanidad para ofrecer a cada persona, a las familias y a los pueblos el don de la fraternidad, de la concordia y de la paz. Por este motivo, el Adviento es por excelencia el tiempo de la esperanza, en el que los creyentes en Cristo están invitados a permanecer en espera vigilante y activa, alimentada por la oración y por el compromiso concreto del amor”. A preparar el camino del Señor, enderezando nuestros senderos (cf. Is 40,3), nos ayudaran las vigiliias de oración que os exhorto a celebrar.

La presencia del Señor hace que todo cambie: “Exultará el desierto y la tierra árida, la estepa se regocijará como un narciso. Florecerá y exultará y dará cantos



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

de triunfo... ellos verán la gloria del Señor, la magnificencia de nuestro Dios. Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes. Decid a los apocados de corazón: ¡Ánimo, no temáis!; mirad a nuestro Dios... viene en persona a salvaros" (Is 35, 1-4).

La contemplación del nacimiento del Hijo de Dios en la gruta de Belén nos introduce en un ámbito de sobriedad, austeridad y recogimiento espiritual para vivir la Navidad. Hemos de procurar que estas disposiciones no se vean perturbadas por un afán consumista que desasosiega a las familias con posibilidades económicas y humilla a las que carecen de lo necesario. Son momentos los nuestros en que la austeridad de unos ha de convertirse en ayuda para otros. Os pido que vivamos como día de ayuno el viernes de la tercera semana de Adviento, día 19 de diciembre, con actitud profundamente espiritual, ofreciendo una ayuda económica a través de Cáritas para los necesitados. Sólo el espíritu fraternal y solidario recoge el secreto de la verdadera Navidad que nos habla de la humildad y de la bondad misericordiosa de Cristo, que "siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro" (2Cor 8,9). La Navidad trae felicidad, alegría y paz a quienes, como los pastores en Belén, acogen las palabras del ángel para encontrar a Jesús: "Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre" (Lc 2, 12).

Os animo a recuperar la tradición de poner el Belén en vuestro hogar, que es una forma de ofrecer una actividad educativa de la fe humanizadora y personalizadora y de ayudar a contemplar el misterio del amor de Dios que se ha revelado en la pobreza y en la sencillez de la gruta de Belén. Volvamos a Dios para que nuestro corazón reviva y superemos la experiencia de ambigüedad religiosa en que a veces nos movemos. Necesitamos encontrarnos con nosotros mismos, ponernos en camino como los Magos y adorar al Niño Dios, fundamento de nuestra esperanza. La infidelidad a Dios erosiona nuestra dignidad personal pues "sin el Creador la criatura se diluye" (GS 36). La fidelidad hace nuestra la verdadera historia de salvación que pasa por el encuentro personal con Cristo y nos hace entender el amor como salida de nuestro egoísmo y manifestación de nuestra solidaridad con los necesitados.

¡Feliz y santa Navidad! Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,  
Arzobispo de Santiago de Compostela